



Coliseum, pixabay.com

Enseñanza aprendizaje

DOSSIER

Las mujeres celtas y sármatas, dos grandes ejemplos de guerreras del mundo antiguo

Jesús Ángel Torrijos Mayén

Síntesis curricular

Licenciado en Historia por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México, candidato a Maestro en Historiografía por la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Azcapotzalco. Ha desempeñado labores docentes a nivel bachillerato y licenciatura, y de investigación histórica enfocada en la historia militar de la Antigüedad y la Edad Media, enfocado hacia los aspectos culturales de la misma.

Resumen

El siguiente texto tiene como finalidad y motivación estudiar el impacto psicológico, físico y social de las mujeres guerreras de las culturas celta y sármata en el imaginario de los habitantes del Imperio romano. Durante sus dos primeros siglos de vida, el Imperio romano y sus tropas, llegaron a chocar con estos pueblos en diferentes zonas geográficas, golpeándose con la sorpresa de que los ejércitos de ambos estaban compuestos tanto por hombres como por mujeres. Según la información que nos brindan diferentes textos, fueron muchas

Recibido: 28-03-2016

Aprobado: 18-04-2016

las reacciones, desde desprecio y demérito hasta temor, la única constante fue el asombro, ya que este tipo de ejército daba la sensación de pelear contra todo un pueblo y en muchos casos así era. Asimismo, era una gran contradicción para los estándares romanos, ya que dentro de sus leyes y tradiciones, la mujer siempre ocupaba un lugar por demás secundario.

Palabras Clave: Mujeres, guerreras, Antigüedad, historia de género.

Abstrac

The following aims and motivation in studying the psychological, physical and social impact of women warriors of Celtic and Sarmatian cultures in the imagination of the inhabitants of the Roman Empire. During its first two centuries of life, the Roman Empire and its troops, came to collide with these people in different geographical areas, striking with surprise that the armies of each were composed by both men and women. According to the information they give us different texts were many reactions from contempt and demerit even fear, the only constant was always the amaze, because this kind of army had the feeling they really fought against a whole people and in many such cases was. Also, it was a great contradiction to roman standards, since within its laws and traditions women always occupied a secondary place.

Key Words: Women, Female warriors, Antiquity, Gender History.



Consideraciones introductorias

No es muy frecuente que asociemos al sexo femenino con los estragos y horrores de la guerra, ideológicamente son conceptos contrarios. En consecuencia, de manera prácticamente general, se le vincula con aspectos más pacíficos de la realidad, posicionándolas como sanadoras, pacificadoras o como el confort y seguridad del hogar, básicamente como el sostén de la sociedad.¹ Históricamente lo belicoso y lo violento siempre han sido características atribuidas al hombre, limitando la guerra y todo lo que conlleva al sexo masculino; pero la realidad no siempre ha sido así de simple, al menos no desde una postura subconsciente, pongamos como ejemplo la concepción de la guerra dentro del gran bagaje mitológico

¹ A este respecto Simone de Beauvoir argumenta que el hecho de que las sociedades antiguas relacionaran a la paz con lo femenino no era necesariamente algo positivo dentro de su contexto (Beauvoir, 2005: 18); recordemos que una de las grandes virtudes para poder ostentar la virilidad romana era la de demostrar gran capacidad para la violencia guerrera, algo que incluso era tomado como uno de los grandes pilares sociales de la romanidad. Beauvoir señala que las grandes sociedades de la Antigüedad veían a la paz como un estado anhelado por la población general pero antinatural para el alma humana, y que por lo tanto el estado de guerra era más compatible con la naturaleza del hombre, ya que le permitía a cualquiera alcanzar beneficios económicos, sociales e inclusive psicológicos (Beauvoir, 2005: 20-21).

griego; en el mundo helénico la guerra era una actividad propia del hombre; las leyes, la historia y la tradición así lo reflejan; pero paradójicamente estaba representada y protegida dentro del panteón griego de manera poco común, con un par de dioses, algo que muy pocas veces vamos a encontrar en las cosmovisiones de otras culturas, en este caso aparecen las figuras de Atenea y Ares. La primera como la diosa de la guerra inteligente, estratégica y táctica, anteponiéndose al caos brutal y frenético de su contraparte guerrera masculina (Graves, 2010: 29, 32, 41). Tomando como punto de partida el comportamiento y funciones esperadas, y hasta cierto punto alentadas, de cada género dentro de las principales sociedades mediterráneas antiguas (Bolen, 2007: 167-169).

Por lo cual, en esa época llamaba bastante la atención cuando entraba a escena alguna mujer, o grupo de mujeres, con todas las capacidades para hacer la guerra y prevalecer en ella, y más aún si presentaban algún sustento legal, tradicional o social dentro de sus respectivos pueblos. Tanto griegos como romanos, llegaron a entrar en contacto con personajes y culturas que presentaban este tipo de paradigma. Dos ejemplos bastante concretos fueron las culturas celta y sármata, las cuales tenían en muy alta estima social y militar a sus mujeres, sabemos por la historia y la arqueología que estas sociedades no tenían ningún problema con la imagen de una mujer poderosa o guerrera, contraria-



Mitología Griega, pixabay.com

mente a lo que manifestaban las sociedades griega y romana, que llegaron a demeritar a dichos pueblos, tildándolos de inferiores e inclusive de antinaturales por tales expresiones de igualdad. Las líneas siguientes tendrán tres objetivos principales. El primero es el acercar al lector, a manera de introducción, hacia la posición y situación social de la mujer en la Antigüedad, sobre todo en las culturas griega y romana. El segundo es profundizar, aunque sea brevemente, en la posición social y militar de las mujeres pertenecientes a las culturas celta y sármata, mientras se acerca al lector a las generalidades de dichas culturas. Y el tercero es el crear conciencia de la importancia de estas belicosas féminas durante la Antigüedad y sobre su legado en las épocas posteriores. Comenzaremos por una breve mención de la mujer dentro del contexto grecorromano, para contrastarlo seguidamente con el de las mujeres celtas y sármatas y su peso en sus respectivas sociedades. Y finalizaremos con una breve mención a su legado. Todo esto para saber por qué tuvieron

tanto impacto en su época entre los romanos.

La mujer en la Antigüedad, un primer acercamiento

Nuestra percepción sobre las mujeres de la Antigüedad europea, comúnmente se ve diluida por los estándares y conceptos que predominaban en las dos grandes civilizaciones de esa época: Grecia y Roma. Las mujeres dentro de estas sociedades solamente ocuparon un lugar secundario en el mejor de los casos, pero de manera general ambas culturas ostentaban una postura despectiva hacia el género femenino. Dentro de la idiosincrasia de muchas ciudades griegas, la mujer era considerada como una criatura incompleta, alineada con otros seres vivos, como los esclavos, que tenían una función específica dentro de la sociedad, pero según los griegos, con poca o ninguna trascendencia. Los grandes filósofos griegos manejaban la idea de que la naturaleza femenina era una manifestación directamente proporcional al nivel de aspectos negativos que el hombre había manifestado en una vida previa y como castigo reencarnaba en forma de mujer, Platón señalaba que: “son sólo los varones los que han sido creados directamente de los dioses y reciben el alma. Aquellos que viven honradamente retornan a las estrellas, pero aquellos que son cobardes o viven sin justicia pueden haber adquirido, con razón, la naturaleza de la mujer en su se-

gunda generación” (90e-91a). Mientras que Aristóteles manifestaba que: “La relación entre el varón y la hembra es por naturaleza aquella en la que el hombre ostenta una posición superior, la mujer más baja; el hombre dirige y la mujer es dirigida” (III, 1254b2-6; III, 1255b16-20; III, 1259b4-6). En ambos casos, estos grandes filósofos exteriorizan en sus textos una realidad por demás palpable en la vida cotidiana: la mujer no tenía una posición real en las sociedades griegas.

De manera bastante general, sabemos que las ciudades-estado griegas ostentaban un concepto de ciudadanía por medio del cual investían a algunos de sus habitantes con derechos, posicionándolos ante el mundo como ciudadanos (I, 1252a1; I, 1253a18), pero dentro de ese concepto rara vez, si no es que ninguna, se tomaba en cuenta a la mujer. En términos jurisprudenciales, la mujer de la antigua Grecia podía considerarse como una eterna menor de edad, supeditada a la figura masculina más cercana a través de la consanguineidad por medio de la tutoría, podía ser su padre, su marido, algún hermano, su hijo si llegaba a quedar viuda o, si el caso lo ameritaba, cualquier pariente masculino vivo (Balaguer, 2005: 83). En términos prácticos, la mujer griega no poseía derechos de ninguna índole, ni sociales ni tradicionales, y su existencia sólo tenía sentido a través de la acción de procrear, para la cual se le consideraba lista a partir de los trece años, era tomada como un medio para perpetuar el linaje y la influencia fáctica

de la ciudad.²

Percepciones muy similares podemos encontrar entre los romanos, sobre todo en las dos primeras etapas tomadas tradicionalmente para estudiar su historia: la monarquía y la república, en ellas el papel femenino era prácticamente nulo, ya que también se le va a considerar como un ser incapaz de poseer derechos y ejercerlos, por lo tanto la ley romana se encargó de que las mujeres vivieran subordinadas a una figura tutorial masculina. Fue sólo con la llegada del Imperio que el sexo femenino comenzó a ver algo de luz en lo que a cuestiones de libertad se refiere, podemos diferenciar dos tipos de mujeres en la realidad romana imperial, las primeras eran las aristócratas que “a finales del siglo primero las mujeres de las clases más altas [conocidas como patricias] rara vez se dedicaban a quehaceres domésticos tales como cocinar, hilar y tejer; cuando lo hacían era generalmente para exhibirse” (Hadas, 1989: 84); mientras que las mujeres de las clases bajas, conocidas como plebeyas, pasaban sus días: “manejando la casa, ayudando en los negocios familiares, administrando negocios o creando sus propias oportunidades económicas a través del oficio del sexo” (Robert, 1999: 82). La mujer romana,

² Cabe mencionar que entre los griegos el concepto de matrimonio no existía como tal y no podemos equipararlo con los matrimonios de tipo cristiano, de hecho, no vamos a encontrar una palabra específica dentro de los dialectos griegos sólo una equivalencia: *ἐγγύη*, que podemos traducir como contrato o garantía, lo cual nos habla de la percepción griega hacia la unión nupcial y sobre su función meramente social e inclusive económica (Pomeroy, 1995, pp. 57-93).

aunque por definición tenía un puesto por demás secundario, ya que nacer en ese mundo no aseguraba siquiera la más mínima oportunidad de supervivencia, tenía mayores oportunidades de formar parte activa de su sociedad. Legalmente hablando, la mujer no nacía persona, pero podía hacerse tal en un plazo posterior; por medio principalmente del matrimonio, pero también dependiendo de las circunstancias sociales y económicas de cada familia en particular (Fernández, 2004: 52-54). La mujer romana, no aparece sólo como un medio para perpetuar el nombre familiar, lo hace como compañera y colaboradora del hombre, estaba junto a él en las celebraciones y fiestas; compartían la autoridad ante los hijos, empleados y esclavos; y participaba con su marido de la dignidad que éste llegara a obtener en la vida pública y militar. No obstante seguía siendo considerada un habitante de segunda categoría ante la ley y la tradición.

Gracias a estas posturas hacia la mujer, podemos dejar de sorprendernos al analizar la reacción, tanto de griegos como romanos, al encontrar pueblos que diferían intrínsecamente de dichas opiniones. Con el avanzar de sus exploraciones y conquistas militares, ambas potencias militares se toparon con todo tipo de pueblos, dos de ellos, importantes por su presencia geográfica y su peso militar: el pueblo celta y el sármata, que ubicados en lo que conocemos actualmente como la Europa templada y las estepas rusas respectivamente, fungieron

no sólo como un gran adversario para las huestes guerreras grecorromanas, sino también como una afrenta a su realidad social, misma, que en su momento, cada uno trató de imponer a los demás pueblos.

La mujer en la cultura celta, igualdad ante la guerra

Es menester comenzar con una precaria aproximación a esta fascinante cultura. Podíamos encontrar a los celtas³ a lo largo y ancho del continente europeo, desde las islas británicas al norte, pasando por las actuales Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, al igual que por el norte de Italia y Grecia, hasta la actual península ibérica al suroeste de Europa, incluso llegaron a tener varios asentamientos en la parte central de la actual Turquía. Políticamente hablando nunca formaron lo que propiamente conocemos como un estado unificado, eran un conjunto de tribus, cada una con un líder y una estructura social propia, que se confederaban cuando la situación lo demandaba, pero que no tenían ningún problema en guerrear entre ellas. Su mayor expansión la vamos a encontrar desde la primera edad del hierro entre el 1200 y el 400 antes de Cristo y van a ir decayendo desde

³ Los celtas fueron conocidos por griegos y romanos con diferentes nombres. Si consultamos fuentes griegas vamos a encontrar diversos términos, el más usado es κέλτοι, del cual derivó hacia el latín el vocablo *celtae*, pero también los conocían como *υπερβορεοί* o hiperbóreos, “los que viven más allá del norte”. Mientras que los romanos los conocían con el término genérico de *galos*.

la época helenística; para las últimas etapas del Imperio romano la cultura celta se va ver reducida a un pequeño espacio territorial, principalmente en las islas británicas y al norte de la península ibérica y allí permanecerá a partir de la Edad media hasta la actualidad. Culturalmente hablando, este pueblo o conjunto de pueblos, compartían muchas cosas: lenguajes, mitologías, panteones, tradiciones, costumbres, elementos consuetudinarios (Hubert, 2005) mismos que han tenido una gran influencia en la actual cultura occidental, principalmente en los ámbitos anglosajones; pero el elemento cultural más importante, al menos en su idiosincrasia, era la guerra.

Tomando en cuenta esta gran presencia geográfica e ímpetu bélico, sólo era cuestión de tiempo para que tanto griegos como romanos chocaran con los celtas, veremos que en la mentalidad grecorromana, los celtas tenían una reputación terrible, estaban posicionados como aquellos hombres salvajes del norte, a los cuales era mejor no molestar y si era posible evitar. Los griegos rara vez interactuaron con ellos, sabemos que Alejandro Magno contrató algunos mercenarios celtas alrededor del 323 a.C., sobre todo como escaramuzadores ligeros para su ejército y también sabemos que lo acompañaron sólo hasta la batalla de Gaugamela en el 331 a.C., después de la cual el rey macedonio prescindió de sus servicios (Cartledge, 2011: 223, 246-249). La segunda gran interacción entre estos dos pueblos fue entre los años 281

y 279 a.C., en lo que la historiografía conoce como la invasión celta de los Balcanes, ocasionada por una gran migración procedente desde la antigua región de Panonia, que corresponde a grandes fragmentos de las actuales Hungría, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Eslovenia, Austria y Eslovaquia; y que al parecer tenía como objetivo grandes extensiones territoriales al centro de la península balcánica. La campaña militar, comandada por el caudillo Brenno, tuvo altibajos para los celtas que poseían un ejército de alrededor de ciento sesenta y cinco mil hombres, pero que resultaron no ser rivales para las disciplinadas falanges griegas, los celtas fueron diezmados progresivamente mientras la invasión avanzaba y para el 279 a.C. tras la derrota en la batalla de Delfos, los celtas emprendieron la retirada, algunos regresaron al norte, pero otro grupo, bastante numeroso, cruzó el Bósforo y se asentó en el centro de la actual Turquía fundando la región que sería conocida como Galacia (Hubert, 2005: 336-355) y cuyos habitantes, los gálatas, llegarían a figurar en el *Nuevo testamento* de la *Biblia*. Otro gran contacto entre la cultura helénica y la celta, fue el interés militar que muchos jefes de estado mostraron por los celtas, uno de esos estados fue el Egipto Ptolemaico, que a partir del asentamiento celta en Asia menor, aprovechó la oportunidad para contratar numerosos contingentes de guerreros gálatas como guardia de campo para generales y faraones,



Minerva, estatua, griego antiguo, pixabay.com

práctica que sobrevivió hasta el ascenso al poder de Cleopatra VII en el 69 a.C. (Spalinger, 2008: 264-265).

A pesar de que los primeros contactos hostiles a gran escala van a aparecer a partir del siglo IV a.C., los griegos van a tener plena consciencia de los celtas al menos desde el siglo VI a.C., eso demuestra la historiografía y la producción literaria helénica, varios autores durante el lapso que abarca al menos setecientos años, van a interesarse por explicar la naturaleza tan peculiar del pueblo celta; desde Hecateo de Mileto, Heródoto de Halicarnaso, Jenofonte de Atenas, Platón, Aristóteles, Polibio, Diodoro de Sicilia, Estrabón, Dionisio de Halicarnaso, todos dejaron constancia del contacto entre griegos y celtas. Los romanos también ostentaban un historial accidentado de trato con los celtas. Ambos pueblos estaban muy cerca geográficamente, de hecho al norte de Italia, a tan sólo un par de días a pie de Roma, los celtas tenían bastantes asentamientos, y hasta más allá



Carro, Caballos, Transporte, Látigo, pixabay.com

de los Alpes. La cercanía hizo propicio el enfrentamiento, a lo largo de la historia de Roma, podremos observar varios encuentros con los celtas, pero por sus repercusiones, podemos diferenciar a tres como los más importantes. El primero es el Saqueo de Roma del 387 a.C. después de que el ejército romano al mando de Quinto Sulpicio enfrentara al ejército celta comandado por Breno y cayera derrotado, los celtas trataron de marchar y tomar por sorpresa la capital romana, el saqueo fue inevitable en la zona habitacional y comercial, pero gran parte de la población se salvó gracias a que se resguardó en los edificios gubernamentales y religiosos del monte capitolino, este hecho, considerado una derrota de inmensas proporciones, fue un grave golpe para la moral y la posición militar de Roma ante el mundo mediterráneo (Livio, 2008: 33, 36, 37, 38, 39, 48, 49). El segundo es la Guerra de las Galias, del 58 al 51 a.C., toda una operación militar que abarcó casi ocho años de com-

bates y asedios, Julio César al mando de nueve legiones y un inmenso número de tropas aliadas y auxiliares se encargó de conquistar los territorios habitados por los celtas, desde el norte de Italia hasta las actuales Francia, Bélgica y Holanda, e incluso intentó cruzar el Canal de la Mancha y conquistar las islas británicas pero desistió de su intento; uno de los resultados de esta conquista, además de un exponencial aumento en las posesiones geográficas romanas, es un texto de puño y letra de Julio César, el cual constituye la mejor fuente sobre la cultura celta durante la época romana: el *Comentario de la guerra de las Galias*. Y por último, el tercer encuentro es la conquista romana de Britania, planeada por el emperador Claudio a partir del año 42 d.C., esta campaña tenía como objetivo anexionar las islas británicas al imperio, en esa época el más importante productor de estaño de Europa; fue un proceso largo, que se extendió por más de sesenta años y que consumió muchos recursos del entonces joven Imperio romano (Cassio, 2004: 22,25,38,49,53).

Se escribieron ríos de tinta sobre los celtas, pero sobre todo de sus atributos más característicos tales como la independencia, el heroísmo, la autoconfianza, la arrogancia ante cualquier adversario, siempre descritos como combativos, rara vez deponían las armas sin luchar; Polibio, autor griego de filiación romana que los vio directamente en combate, los describía de la siguiente manera: “Infundían también

terror la vista y movimiento de los que se hallaban desnudos en la vanguardia, ya que sobresalían en robustez y bella disposición. Todos los que ocupaban las primeras cohortes estaban adornados de collares de oro y manillas; a cuya vista los romanos, ya se sobrecogían, ya estimulados con la esperanza de rico botín, concebían doblado espíritu para el combate” (I, 2; VIII). No obstante, dos de sus características fascinaron siempre a escritores griegos y romanos: su concepción de la guerra como una parte complementaria muy importante de su realidad y la inclusión de la mujer en la vida social, política y militar.

La guerra entre los celtas era un tema de inmensas proporciones, para ellos, el estado primigenio de la naturaleza era el combate, lo veían cuando los animales cazaban, cuando se defendían, contrariamente a como la concebían los romanos, que utilizaban la guerra como un medio para abrirse paso por la vida y para llegar a objetivos específicos; para los celtas, cuando entraban en combate lo hacían con mucho ímpetu y vigor, porque para estos guerreros era una forma de rendir tributo a sus dioses manifestados en cada aspecto de la naturaleza. En donde los romanos veían individualismo, los celtas veían comunión con los dioses y su poder en la tierra. Por eso no es de extrañarse, que en ese proceso de comunión pudieran intervenir todos los miembros funcionales de la sociedad celta. Porque en ella, el simple y sencillo hecho de estar vivo, daba ciertas

prerrogativas para considerarse útil para la sociedad⁴; es por eso que cualquiera que deseara pelear podía presentarse al campo de batalla, ahí es donde las mujeres celtas obtenían un trato de igualdad, si ellas podían demostrar que cumplían con sus funciones sociales, podían exigir el derecho de luchar junto a sus compañeros para la defensa del bien común.

Algo que sí llenaba mucho de sorpresa a los ejércitos de Roma, los textos así lo demuestran, es que los ejércitos celtas fueran mixtos, muchos historiadores llegaron a escribir que en varias ocasiones las mujeres precedían a los hombres en las batallas, algo improbable, pues las sociedades celtas, en la mayoría de los casos, manifestaron actitudes de igualdad ante los combatientes, lo más plausible es que esos historiadores escribieran esas líneas como una especie de insulto hacia los ejércitos derrotados, en un esfuerzo meramente propagandístico. En realidad, los ejércitos mixtos causaron una muy buena impresión entre los militares romanos, Amiano Marcelino nos regala sus impresiones sobre un ejército celta: “El cuello hinchado, los dientes rechinantes y blandiendo los fuertes brazos cetrinos [...] daban puñetazos al par que patadas, como si fueran los proyecti-

⁴ Recordemos que los celtas en su mayoría vivían en la actual Europa central, una región que en esa época tenía climas bastante fuertes, en verano hacía mucho calor, lo que ocasionaba que se crearan focos de infección, principalmente de malaria; y en invierno las temperaturas podían bajar mucho, lo que ocasionaba grandes pérdidas por congelamiento, enfermedad y hambruna. Se calcula que uno de cada tres niños que nacían en las sociedades celtas fallecía antes de cumplir cinco años (Bispham, 2008: 281-294).



Viena, Fuente de Palas Atenas, pixabay.com

les de una catapulta [...] una patrulla romana no podría resistir el ataque de un gallo si éste se hiciera acompañar por su mujer” (XVII, 45-46). Mientras que Julio César comentó que: “una mujer celta iracunda es más temible que los más feroces guerreros, pues se muestra más fiera e indomable que éstos” (II, 29). La arqueología nos ha permitido discernir sobre el papel de la mujer en el ámbito militar celta. Para ilustrarlo mejor, tenemos que tomar como ejemplo a la figura de Boudica, reina de la tribu britana

de los icenos entre los años 60 y 61 d.C., que desafió al poder de Roma en la isla británica principal. Ella es el más claro ejemplo de una mujer en batalla dentro del contexto celta, pero también de una mujer con autoridad, respaldada por toda una serie de códigos tradicionales y jurídicos que la investían como un personaje de poder ante su pueblo. Algo que los romanos no reconocieron porque era mujer⁵. Dion Casio la describe de la siguiente manera: “poseía una inteligencia mayor que la que generalmente tienen las mujeres, que era alta, de voz áspera y mirada feroz, cabello pelirrojo hasta la cadera” (Amiano, LXII, 12-16).

Básicamente le da muchos atributos masculinos, posiblemente para disminuir el daño anímico hecho hacia la sociedad romana por el tiempo que atacó y venció a las legiones con las que se enfrentó. En la batalla Boudica siempre se posicionaba al frente de sus tropas, lugar que le correspondía como soberana de su tribu y como lideresa del movimiento de rebelión. Pero sabemos que su ejército tenía presencia de muchas mujeres,

⁵ Boudica entró en escena a la muerte de su esposo, Prasutago, rey de los icenos y aliado de Roma mediante un acuerdo de federado, que lo unía comercial y militarmente a la *ciudad eterna*. Se sabe que los icenos habitaban la zona del actual Norfolk en Inglaterra, por las descripciones que tenemos de los hechos, los icenos de forma pragmática pactaron con Roma para mantener la estabilidad, pero aún seguían valorando mucho su independencia política. Al fallecer Prasutago, y siguiendo sus códigos legales, Boudica debía heredar para mantener la línea sanguínea real hasta que alguna de sus hijas ascendiera al trono junto a su compañero. Los romanos no reconocieron la soberanía de Boudica, atacaron los territorios icenos e inclusive Tácito nos cuenta que sus hijas fueron violadas. Hecho que detonó el odio de Boudica contra los romanos y que fue el pretexto perfecto para tratar de expulsarlos de la isla (Tácito, 2007: 14, 31).

Tácito nos menciona su apariencia, tratando de justificar el terror y desconcentración que causaron entre los soldados romanos: “eran desgñadas mujeres, de negro ropaje, ojos henchidos de sangre, verdaderas furias blandiendo el acero” (Tácito, 2007: 15, 4). Por lo que sabemos de las tribus britanas, las mujeres al igual que los hombres, se presentaban desnudas al combate, la mayoría pintaban sus cuerpos con símbolos geométricos rituales, utilizando pigmentos extraídos del glasto, una planta nativa de las islas británicas, mismos que creían las iban a proteger. Las armas, según los artefactos encontrados en varias excavaciones arqueológicas, fueron elaboradas específicamente para ellas, por lo que la antigua creencia de que las mujeres sólo entraban en combate cuando su compañero caía herido o muerto y dejaba disponibles sus armas (Tácito, 2007: 14, 9), es totalmente falsa. También podemos discernir que las mujeres celtas preferían el combate cercano, ya que rara vez se han encontrado arcos, flechas, dardos u hondas en las tumbas excavadas, pero sí muchas hachas, espadas, dagas y escudos, mucho más pequeños que el estándar fabricado comúnmente para los hombres. También sabemos por varias pruebas epigráficas que las mujeres podían combatir montadas a caballo o atacando desde las carrozas tan típicas de los celtas britanos. En la cultura celta podemos encontrar muchos ejemplos de estas valientes mujeres, hechos que se reflejaban en su cosmovisión, sus dioses

y diosas luchaban por igual y ostentaban un mismo nivel de influencia en la realidad cotidiana celta, realidad que abarcaba desde una simple comida o enfermedad, hasta la actividad purificadora –en términos celtas– del combate.

Las guerreras sármatas, una costumbre para el funcionamiento de la sociedad

Creo necesario que comencemos, al igual que se hizo en la sección anterior, con un breve acercamiento hacia la cultura sármata y su importancia dentro del mundo antiguo en general y de manera particular dentro del mundo romano. Geográficamente podemos encontrar a los pueblos sármatas en las estepas rusas entre las actuales Ucrania y Polonia, una zona que los romanos al conquistarla bautizaron como Sarmacia, pero que era conocida con el epíteto de *mar de hierba* y llegaron a extenderse hasta el mar Báltico al norte, al igual que los celtas los sármatas no eran un pueblo unificado, se dividían en varias tribus, cada una respondía ante su propio rey y ostentaba un sistema de leyes y tradiciones propio, rara vez se confederaban y lo único que las unía era su lengua, sus dioses y algunas costumbres ancestrales. Los sármatas fueron conocidos tanto por griegos como por romanos, pero su mayor fuente de interacción fue con el Imperio persa en un principio, después con el imperio de Alejandro Magno y por último con el Imperio romano. El

historiador Heródoto de Halicarnaso y a partir de él todos los autores griegos, los van a conocer como los sauromatas y principalmente se encargaron de describirlos y analizarlos, para los helenos tanto los sármatas como los escitas, otra tribu que habitaba al sur de las estepas rusas, eran el fundamento real del mito de las amazonas. Y varios autores de diferentes disciplinas van a tratar de fundamentarlo, desde el ya mencionado Heródoto, hasta Homero, Platón y Aristóteles e incluso el famoso médico Hipócrates van a paralelizar las costumbres guerreras de este pueblo y sus mujeres con las de las míticas amazonas; un esfuerzo que se va a ver reflejado en la cosmovisión griega. Podemos recordar a Pentesilea, la afamada reina de las amazonas que se alió con los troyanos en la épica *Iliada* de Homero, el aedo la describió como una gran guerrera, que se destacó en el combate, según el texto, era tanta su destreza en la guerra que Aquiles combatió contra ella, viéndose igualado en varias ocasiones, por cuestiones del destino el Périda ganó el enfrentamiento y la atravesó con su lanza, al verla morir quedó tan prendado y sobrecogido por su belleza que se enamoró de ella (Homero, 3.187-189; 2.813-814; 2.621-622). Otra gran muestra de la influencia de las amazonas en la realidad griega fue la también mítica reina Hipólita, un personaje que incluso ha llegado a nuestra época a través de los cómics de la Mujer maravilla. Dentro de la mitología griega la reina Hipólita formaba parte del cor-

pus de narraciones conocidas como los *Doce trabajos de Heracles*, en el cual ella no sólo era la soberana de las amazonas, también era la dueña de un cinturón místico, mismo que le había obsequiado su padre, el dios de la guerra Ares. En el contexto del noveno trabajo, Heracles tenía que obtener el cinturón a petición de Admete, hija del rey Euristeo, hay varias versiones, las más famosas en la época griega eran dos, la primera decía que Hipólita se enamoró de Heracles y voluntariamente le dio el cinturón. La segunda, más extendida, dice que Heracles secuestró a la hermana de Hipólita, Melanipa, exigiendo el cinturón a manera de rescate, liberando a la amazona al obtenerlo (Higinio, 2008: 30; Graves, 2010: 72-76). Estos mitos nos demuestran la fascinación y extrañeza de los griegos hacia prácticas que podríamos definir como socialmente igualitarias. La imagen de la mujer guerrera en sociedad fue importante para el desarrollo literario helénico, pero como una figura lejana, contrario a lo tradicionalmente griego.

Los romanos interactuaron de manera más directa con los sármatas, para la época imperial, alrededor del siglo II d.C. los sármatas comenzaron a representar una seria amenaza para la estabilidad fronteriza del Imperio. Esencialmente eran un pueblo tribal y guerrero, caracterizado por su sentido de independencia y libertad, algo que los romanos encontraban peligroso y dañino para sus intereses territoriales.

Entre los años 175 y 177 el emperador romano Marco Aurelio emprendió una serie de campañas para tratar de someter a los sármatas, las fuentes les designan el nombre de yázigas, apelativo de una de las tantas parcialidades en que se dividía este pueblo, es bastante posible que fuera la tribu que lideraba el conjunto de fuerzas para la defensa común. En poco más de tres años la conquista se concretó y los sármatas terminaron por alinearse al Imperio en la forma de tropas auxiliares (Hadas, 1989: 148-161; Hinds, 2009: 32-48), no obstante, los textos nos revelan que fue una campaña dura para las tropas imperiales, esto debido a las tácticas que ostentaban los sármatas y que eran poco convencionales para los romanos. Aquí es donde entran las belicosas mujeres de los sármatas, tácticamente eran un pueblo que combinaba maniobras de caballería pesada con las de caballería ligera, dejando mínima o prácticamente nula la presencia de cualquier tipo de infantería, optando en casi todos sus enfrentamientos por comenzar mediante una carga directa de caballería pesada; a la cual los romanos llamarían catafractos y que es considerada como el antepasado táctico y estratégico de los caballeros medievales; básicamente tanto hombre como caballo iban a la batalla fuertemente blindados con armaduras de placas metálicas que daban muy poco espacio para la maniobrabilidad pero que le conferían mucha fuerza a cualquier golpe directo (Hildinger, 2009: 162-168). Así empezaba una batalla sármatas con



Coliseo, Roma, pixabay.com

un fuerte golpe de caballería, hasta ese punto los romanos podrían haber manejado cualquier enfrentamiento, tal vez habrían sufrido muchas bajas, pero tácticamente podrían haberse recuperado. No obstante, los sármatas aún tenían un as bajo la manga: su caballería ligera, la cual se fundamentaba en el combate a larga distancia, principalmente mediante el uso de arco y flechas, esta caballería estaba compuesta en su mayoría por guerreros jóvenes de recursos medianamente escasos, pero también por mujeres de la aristocracia.

Sabemos que la mujer ostentaba un lugar de excepción en la sociedad sármatas y en las operaciones militares, sobre todo de defensa, el veinticinco por ciento de las tumbas militares sármatas excavadas así lo evidencian, ya que ese porcentaje pertenece únicamente a mujeres (Hinds, 2009: 68), las cuales fueron enterradas con sus artefactos de uso bélico, además que sus restos manifiestan no sólo una muerte guerrera, sino también una vida de ese estilo. La mayoría de los restos muestran desgaste en articulaciones de muñecas, codos y hombros, algo bastante común en los practicantes asiduos de la arquería. Asimismo, mostraban adaptaciones óseas en el área de la pelvis y la cadera, comunes en quienes practican la equitación de manera consuetudinaria (Pollauer, 2010: 122-129). Muchos historiadores manejan la hipótesis de que las sármatas se entrenaban en el uso de las armas debido a una realidad bastante simple, cuando los hombres tenían que alejarse del seno familiar para pastorear sus grandes rebaños de caballos, cazar o comerciar, eran las mujeres quienes se tenían que hacer cargo de la familia y los bienes que tuvieran cerca, recordemos que los sármatas eran un pueblo nómada, no tenían posesiones inmobiliarias, pero sí las tenían en metálico, en rebaños equinos, bovinos y caprinos, inclusive los hijos de la tribu constituían un bien debido a que en ellos recaía el linaje tribal, todo esto tenía que ser protegido, y eran las mujeres quienes tenían esa responsabilidad. Por

lo cual es lógico que hayan adoptado la arquería como disciplina bélica principal, el combate a distancia requiere menos fuerza física que el combate cuerpo a cuerpo, además de que aumenta el rango de efectividad. Estratégicamente la caballería ligera siempre luchaba en una segunda línea de ataque, principalmente como refuerzo y apoyo para la primera línea, pero también era el seguro de los comandantes militares sármatas, si el primer choque fallaba estrepitosamente y los guerreros se veían obligados a emprender la retirada, era la caballería ligera la encargada de cubrirla por medio de una lluvia de flechas que limitaba los movimientos del enemigo. Por lo que sabemos, las mujeres sármatas siempre se presentaban a la batalla junto a sus hombres –esposos, hijos, hermanos, padres–, algo que quedó remarcado en el imaginario colectivo grecolatino y que propició mitos como el de las Amazonas, mismos que permanecerían en el folklore europeo hasta bien entrado el siglo XVI.

Conclusiones

A lo largo y ancho de la historia de la humanidad podemos encontrar ejemplos bastante claros de grupos de mujeres guerreras totalmente funcionales para su sociedad tales como las que tratamos a lo largo de este pequeño texto; también podemos observar casos en que las mujeres tuvieron que tomar las armas por necesidad militar o económica,

modificando su rol social y cultural a partir de ese momento, tal es el caso de las mujeres espartanas todas las veces que su ciudad natal estuvo bajo asedio, las *Onna-bugeisha* e inclusive las *kunoichi* en el antiguo Japón, las *Skjaldmö*, bellas doncellas escudadas de los pueblos escandinavos e inclusive las *Nachthexen*, las *brujas de la noche* del 588º Regimiento de bombardeo nocturno de la aviación soviética durante la defensa de Stalingrado. Asimismo, podemos encontrarnos con casos de individualidades, que sirvieron para crear conciencia en su época y entorno, tales como Boudica, la reina guerrera que nos sirvió como referencia para analizar a las mujeres celtas; Tomoe Gozen, que a partir del año 1180 d.C. se encargó de entrenar y dirigir a las *Onna-bugeisha*, hijas, esposas y hermanas de samuráis fallecidos en los campos de batalla y que por lo cual se vieron obligadas a salir de su rol cotidiano y tomar el de las armas. Zenobia de Palmira, considerada una de las mujeres más bellas y poderosas de toda la Antigüedad, que en el 267 tomó las riendas del reino de Palmira y acosó poco a poco al Imperio romano en sus dominios orientales. Seis Mono Quexquémitl, princesa mixteca de la cual nos han llegado historias de hazañas militares. E inclusive Juana de Arco, símbolo y líder moral del bando francés durante la afamada Guerra de los cien años, todas ellas comparten una característica, más allá de ser meramente física, en mi humilde opinión, también les confirió la fuerza, experiencia y capacidad necesarias para desempeñarse en labores que socialmente eran ajenas a ellas, permitiéndoles destacar de una manera que pocos habrían logrado.

Bibliografía

- Aristóteles (2005). *Política*. Madrid: Istmo.
- Beauvoir, S. (2005). *El segundo sexo*. Barcelona: Cátedra.
- Balaguer, M. L. (2005). *Mujer y constitución, la construcción jurídica del género*. Valencia: Universitat de València/Instituto de la Mujer.
- Bispham, E. (2008). *Europa romana*. Barcelona: Crítica.
- Bolen, J. S. (2007). *Los dioses de cada hombre, una nueva psicología masculina*. Barcelona: Kairós.
- Cartledge, P. (2011). *Alejandro Magno, la búsqueda de un pasado desconocido*. Barcelona: Crítica/Ariel.
- Casio, D. (2004). *Historia romana*. Madrid: Gredos.
- César, C. J. (2008). *Comentario de la guerra de las Galias*. Buenos Aires: Claridad.
- Felder, E. (2004). *Vida y pasión de grandes mujeres, las guerreras*. Buenos Aires: Imaginador.

-
- Fernández, J. M. (2004). *Vida cotidiana en Roma*. Madrid: Dastin.
- Graves, R. (2010). *Dioses y héroes de la antigua Grecia*. Barcelona: Tusquets.
- Hadas, M. (1989). *La Roma imperial*. México: Ediciones Culturales Internacionales/Time-Life.
- Higinio, C. J. (2008). *Fabulas, Astronomía*. Madrid: Akal.
- Hildinger, E. (2009). *Warriors of the Steppe, Military History of Central Asia, 500 BC to 1700 AD*. Cambridge: De Capo Press.
- Hinds, K. (2009). *Scythians and Sarmatians*. Nueva York: Marshall Cavendish.
- Homero (1960). *Ilíada y Odisea*. México: Jus.
- Hubert, H. (2005). *Los celtas, forjadores de la Europa moderna*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Jones, D. (2005). *Women Warriors: A History*. Maryland: Potomac Books.
- Livio, T. (2008). *Historia de Roma desde su fundación*. Madrid: Gredos.
- Marcelino, A. (2002). *Historias*. Madrid: Akal.
- Nash, M. y S. Tavera (2003). *Las mujeres y las guerras, el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la contemporánea*. Barcelona: Icaria/Antrazyt/Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres/Universitat de Barcelona.
- Platón (2005). *Timeo*. Buenos Aires: Colihue.
- Pollauer, G. (2010). *The Lost History of the Amazons*. Carolina del Norte: lulu.com.
- Polibio (1997). *Historias*. Madrid: Gredos.
- Pomeroy, S. B. (1995). *Goddesses, Whores, Wives and Slaves, Women in Classical Antiquity*. Nueva York: Schocken Books.
- Robert, J. N. (1999). *Eros romano, sexo y moral en la Roma antigua*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Spalinger, A. J. (2008). *War in Ancient Egypt*. Massachusetts: Blackwell Publishing.
- Tácito (2007). *Anales*. Madrid: Akal.